



James Salter. Foto: Cordon Press.

James Salter, el autor de las memorias más envidiables que yo conozca, murió hace cuatro semanas en Sag Harbor, Nueva York.

Nacido en 1925, Salter se graduó en West Point y fue piloto de caza durante la guerra de Corea. Un 4 de julio derribó un MiG-15 soviético. Al acabar la guerra fue destinado en Francia y se convirtió en uno de esos americanos en Europa, jóvenes y libres, dedicado a quemar los días; de las ciudades europeas dijo que fueron una revelación. En 1961 abandonó el ejército porque había decidido que su futuro sería «escribir o perecer». Y escribió.

Escribió la belleza irreal y luminosa del acto sinsentido que es batirse en el vacío sobre el río Yalú (*Pilotos de caza*, 1957). Escribió la obsesión por ascender rocas verticales, de hombres que viven por escalar y hombres que viven por haber escalado (*En solitario*, 1979). Y escribió la historia de Philip Dean y Anne-Marie en una sucesión de dormitorios, cerca de Dijon, para sublimar lo que significa ser joven e intoxicarse de deseo (*Juego y distracción*, 1967).

* * *

De la escritura de Salter suele destacarse su prosa exquisita y eficaz, pero a mí lo que me asombra es su capacidad —sobrenatural— para transmitir fragmentos de realidad. Es como el rabino Loew, que hace brotar la vida con una palabra, con la diferencia de que nunca sabes qué palabra hará de chispa divina.

Por eso sus libros tienen un único tema: estar vivo.

Salter conocía un puñado de verdades sobre la vida; y dedicó su literatura a escribir esas verdades. Creía seriamente algo que dijo un personaje suyo: que solo las cosas preservadas



por escrito tienen alguna posibilidad de ser reales. Pensaba que sin literatura la vida se nos escapa sin darnos cuenta.

Escribía momentos fugaces. A veces sus personajes rememoran sus glorioso pasado, entristecidos por lo inconscientes que fueron. Otras veces Salter los acompaña en esos instantes escasísimos, que reconoceréis, en los que sientes que todo a tu alrededor es perfecto y te dices que ese momento lo recordarás.

Salter entendía que tanto la vida como la literatura debían dedicarse a perseguir esos momentos estelares. En una carta privada dejó escrita una queja: «¿Por qué es tan difícil juntar aquellas cosas que de verdad importan en la vida y residir entre ellas únicamente? Me refiero a ciertos paisajes, personas, animales, libros, habitaciones, condiciones metereológicas, frutas».

Ni siquiera él, que escribió las memorias más envidiables que yo he leído jamás, fue capaz de vivir únicamente entre aquellas cosas. Por eso sus libros dejan un sabor agridulce, porque nos recuerdan que la felicidad es efímera y episódica. Por eso no hay una vida completa. Hay solo fragmentos. «Hemos nacido para no tener nada, para que todo se nos escurra entre los dedos. Y, sin embargo, esta pérdida, este diluvio de encuentros, luchas, sueños... hay que ser irreflexivo, como una tortuga. Hay que resuelto, ciego. Porque cualquier cosa que hagamos, incluso que no hagamos, nos impide hacer la cosa opuesta. Los actos demuelen sus alternativas, he aquí la paradoja. La vida, por tanto, consiste en elecciones, cada cual definitiva y de poca trascendencia, como tirar piedras al mar».

PS. Leed a Salter.